



En las esquinas, enebro chino (*Juniperus chinensis*) y en el centro membrillero de la China (*Pseudocydonia chino*), en el Museo del Bonsái Luis Vallejo. / ULY MARTÍN

El Museo del Bonsái Luis Vallejo lleva abierto más de 20 años y es uno de los más reconocidos de Europa

## Un pequeño bosque encantado en Alcobendas

LUIS MEYER, **Alcobendas**  
 Luis Vallejo le arrebató un bosque a uno de los hombres más ricos del mundo. Conviene matizar, eso sí, que los cipreses no llegaban al metro de altura, y la extensión boscosa apenas abarcaba unas decenas de centímetros cuadrados. Y se lo llevó a Madrid, a su museo de bonsáis, que lleva su nombre y es uno de los más importantes de Europa.

"Fue en un vivero de Tokio, coincidí con Jack Ma, el fundador de Alibaba [el gigante chino de comercio electrónico]", relata este arquitecto paisajista de 64 años. Tal vez, porque pasa gran parte de su vida rodeado de árboles. "Él se compraba los bonsáis de 20 en 20, supongo que como una inversión, y yo le pedí al dueño del vivero que me apartara este bosque, que era muy especial: lo hizo el maestro Masahiko Kimura".

De modo que el conjunto de cipreses en miniatura, asentados sobre una roca con tierra y musgo, no terminó en Pekín, sino en Alcobendas, donde se esconde el Museo Bonsái Luis Vallejo. Tiene una de las colecciones más nutridas de nuestro continente, con más de 200 árboles, algunos bicentenarios, de unas 30 especies, todas procedentes de Japón y España. Vallejo lo diseñó y fundó en 1995, aunque su pasión por estas pequeñas esculturas llenas de vida le viene de mucho antes. "Soy de una familia de arboricultores, mi padre vino a Madrid después de la Guerra Civil a vender frutales", cuenta. "A

los 12 años cayó en mis manos un libro de bonsáis que me dejó fascinado. Y me fui a practicar a los viveros de la familia. Hice unos cuantos estropicios, he de reconocer".

Desde entonces, ha compatibilizado su carrera de arquitecto con su dedicación a los bonsáis. Antes de levantar el museo había montado una pequeña escuela en Mirasierra, en la que enseñaba a cuidar y moldear a estos pequeños árboles. Un día, en 1987, apareció por allí Felipe González, recién es-

El arquitecto posee unas 30 especies, adquiridas desde 1995

El secreto de los grandes autores es la poda sistemática y mucha paciencia

trenado su segundo mandato como presidente del Gobierno. Y desde entonces mantienen una estrecha amistad.

"Aquí hay unos cuantos árboles suyos", explica Vallejo mientras recorre estancias descubiertas en forma de L con paredes de hormigón, que hacen que el espacio se abra y se cierre para que los bonsáis tengan exposiciones distintas a la luz, según amen el sol o necesiten estar resguardados. Se detiene ante una zelcova japonesa, un arbolito dado con un estilo denominado

*hokidachi* o, más prosaicamente, de escoba invertida.

"Yo estuve en la cena en la que Gabriel García Márquez se lo regaló a Felipe después de venir de Tokio, donde había entrevistado al director de cine Akira Kurosawa", cuenta Vallejo. La historia de este bonsái es una historia de superación. El premio Nobel de Literatura lo compró a matabalbo en unos grandes almacenes de Tokio. Cuando llegó a manos del expresidente tenía un tronco raquítico, apenas un hilo de madera. Tres décadas después, sus escasos 24 centímetros de altura concentran un árbol grueso y nudoso, con una extraordinaria ramificación que forma una fina retícula apreciable en invierno, cuando pierde sus hojas. "De ocupar la estantería de unos grandes almacenes, ha pasado a ser uno de los árboles más premiados del museo", se enorgullece Vallejo.

La cultura del bonsái es difícilmente clasificable. Existen infinidad de aficionados en todo el mundo, pero solo unos pocos autores, la mayoría orientales, que elevan sus creaciones a la categoría de obras de arte y crean escuela. Al japonés Masahiko Kimura, el artífice del bosque de cipreses, los entendidos le llaman "el Chilli-da de los bonsáis".

Felipe González se los conoce todos al dedillo. "Que un gobernante se apasionara por algo tan pequeño y lleno de belleza como los bonsáis dice mucho de su sensibilidad", comenta Vallejo en tono defensivo. Y no es de



Ejemplar de *Celtis sinensis* con una complicada ramificación (con hojas el 17 de noviembre y sin ellas el 21 de diciembre). / U. M.





► 8 Enero, 2019

**Información práctica**

**El Museo** del Bonsái Luis Vallejo se ubica en la avenida Olímpica, en la zona del Jardín del Arroyo de la Vega, en **Alcobendas**. Se puede llegar en metro (paradas La Moraleja o Marqués de Valdeavia) y en Cercanías (bajándose en Alcobendas-San Sebastián de los Reyes).

**El centro recibe** unos 10.000 visitantes al año, muchos extranjeros.

**El precio general** de la entrada es de tres euros. Hay descuentos para niños y jubilados.

**El horario de apertura** varía con las estaciones. En invierno, del 15 de octubre al 31 de marzo, abre de miércoles a domingos de 10.00 a 14.00 y de 16.00 a 18.00. Los festivos también. En primavera, del 1 de abril al 14 de octubre, la apertura es de miércoles a domingo de 11.00 a 14.00 y de 17.00 a 20.00. Los festivos se mantiene el mismo horario que el resto de los días.



Luis Vallejo, en el tokonoma de entrada al Museo del Bonsái que lleva a su nombre, junto a un arce de cinco puntas. / ULY MARTÍN

extrañar. Al expresidente se le atacó por muchos flancos, pero su afición fue uno de los más recurrentes: desde acusaciones parlamentarias que insinuaban que tiraba del erario público para adquirir sus caros bonsáis (el entonces diputado del PP Luis Ramallo llegó a preguntárselo directamente en un plenario de 1993), hasta las teorías descacharrantes y nunca probadas de que traficaba con ellos, pasando por referencias a la "economía bonsái" e innumerables tiras cómicas que le caricaturizaban en los periódicos junto a los pequeños árboles. "En aquella época, quienes sabían de nuestra amistad me llegaron a insultar cuando daba conferencias", cuenta Vallejo, "pero siempre me he mantenido al margen". Y añade: "Lo bueno de todo aquello es que aumentó muchísimo la afición en nuestro país".

El arquitecto le diseñó a González, en La Moncloa, una estructura de pérgola para que mantuviera los bonsáis que le regalaban grandes personalidades, como el entonces presidente de Japón. "El pasaba allí mucho tiempo, o al menos, el que le dejaba su labor presidencial. Y no tenía reparos en abrirlo a las visitas", recuerda Vallejo, "yo he coincidido en ese lugar con Margaret Thatcher, Mijail Gorbachov...". Y lamenta: "Aznar lo tiró nada más llegar. Se dice que en su lugar puso una capilla, pero no puedo confirmarlo".

El Museo Bonsái Luis Vallejo rescató algunos de aquellos árboles, otros están en el Jardín Botánico. Para acceder, primero hay que recorrer unos caminos serpenteantes entre chopos, pinos piñoneros, arces campesines, secuoyas y castaños. Un jardín a tamaño real de mil metros cuadrados con un objetivo laberíntico: "La intención es que la experiencia empiece antes de llegar al museo", explica Vallejo, "que aparezca de repente, y la



Arriba, ejemplar de zelcova japonesa, regalo del Nobel Gabriel García Márquez al expresidente Felipe González, en 1990. Sobre estas líneas, a la izquierda, arce de cinco puntas y a la derecha, ciprés de Hinoki. / U. M.

gente tenga la sensación de que lo está descubriendo en un sitio inesperado".

Una idea que le desconcertó a José Caballero, el alcalde de Alcobendas, en el momento de su fundación. "Me propuso que pusiera unos farolillos chinos en los árboles para que la gente no se diera de bruces con el museo de noche. Pero eso habría quitado el misterio que yo buscaba", recuerda Vallejo.

La visita termina donde debía haber empezado: en el tokonoma, una pequeña zona eleva-

En 1990, García Márquez regaló a Felipe González un ejemplar de Japón

El centro se diseñó teniendo en cuenta la incidencia de la luz sobre las plantas

da en la estancia de recepción de una casa típica japonesa, recreada fielmente en la entrada del museo. Allí aguarda un majestuoso arce japonés, que se torna rojo sangre en primavera. Ahora, en invierno, muestra su complejo ramaje, guiado durante años por manos humanas. Y le señala al visitante la estación del año. Vallejo nos desvela el secreto de los grandes autores asiáticos: "La poda sistemática: cortar y dividir, cortar y dividir...". Y zanja: "Y sobre todo, mucha paciencia".

**La importancia de una maceta**

Muchos tienden a pensar que un bonsái se limita al mero árbol. Pero la obra es un conjunto, un todo que va más allá de las ramas, el tronco y las raíces. Si no tiene la maceta adecuada, o la que el autor de la obra imaginaba durante su creación, se considera una obra incompleta.

"La cerámica es parte de la composición", explica Vallejo. "No me gusta el símil de que es como el marco de un cuadro, porque es algo más. Es una parte fundamental. Sea de vidrio coloreado, de cerámica, una roca o una mera placa de pizarra. Por eso los artesanos que las diseñan tienen una firma, un prestigio. Debe conjuntar, integrarse plenamente, porque nada, ni las hojas ni las flores ni los frutos ni el árbol ni la propia maceta deben destacar sobre lo demás. Todo se complementa", argumenta.

El arquitecto pone un ejemplo sobre la importancia del conjunto: "Una vez rescaté un arce paseando por el campo. Diseñé un bonsái, pero no estuvo acabado hasta muchos años después, cuando encontré la maceta idónea, en China". Vallejo señala un albaricoquero ahuecado y sinuoso que sugiere un haiku, basado en la caligrafía oriental. "Es un tipo de bonsái de un estilo que llamamos 'de literatos', con un tronco helicoidal", explica. "Tiene la ramificación alta y la maceta debe ser baja, para resaltar la forma caligráfica". A lo que añade además: "Es un elemento clave, porque enfatiza las proporciones y el movimiento del árbol".